

# EL CASTELLANO

(CON CENSURA ECLESIASTICA)

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Año I.

TENDILLAS, 21

TOLEDO 19 DE NOVIEMBRE DE 1904

SUSCRIPCIÓN

Año... 3:00 Número suelto, 0:05  
Idem atrasado, 0:10 céntimos.  
PAGO ADELANTADO

Núm. 44.

ANUNCIOS ECONÓMICOS

## Á LOS PROPIETARIOS

Para facilitar á los propietarios de casas deshabitadas el alquiler de éstas, EL CASTELLANO publicará una lista con el precio, sitio y condiciones de las habitaciones que se alquilan.

De este modo, por muy poco dinero, sabe todo el mundo, con seguridad, sin perder tiempo, dónde encontrar habitación barata y buena.

## ALMACÉN

DE  
MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

## VIUDA DE GUILLEN

Torneras, 15-TOLEDO-Teléfono 350

Cementos Portland, Cables hidráulicos, Baldosín de Ariza, Azulejos, Mosaicos hidráulicos, Hidrós planos, Fífonos, Sumideros, Inodoros, Hoquetas para aceros, patios y bodegas ó fogares.

## DESENGAÑO

Los intelectuales de similar, esos hombres que con el pretexto de buscar el bien para el pueblo lo sacrifican todo por satisfacer los caprichos de un egoísmo refinado, y que son capaces de todo con tal que la gente del pueblo los tenga por sabios y así los llame, no saben á dónde nos conducen con la predicación de sus ideas disolventes.

Si creen que se puede hablar de todo impunemente, están en un error; el pueblo es como un niño que va donde le llevan y cree lo que le enseñan, bueno ó malo, con más tendencia á lo malo que á lo bueno.

Y como existe un estrecho vínculo entre la teoría y la práctica, los hechos vienen detrás de las ideas como la sombra tras el cuerpo.

Detrás de la palabra está la obra, como debajo de la cabeza que piensa está el brazo que ejecuta.

Después de la época de los hombres que hablan, está, naturalmente, la de los que, menos pensadores, son más ejecutivos.

La lengua ha terminado ya su tarea, y lógico es que las manos entren en la plenitud de la suya; porque hay que convenir en que las teorías serían necia vanidad de la ciencia, si no tuviesen completa ejecución entre los hombres.

Ya está llena la medida de las ideas y sólo falta que se llene la medida de los hechos. Si la imaginación ha llegado á los últimos delirios, ¿por qué la realidad no ha de llegar á los últimos desvaríos?

Llegó un momento en la historia en que se creyó que la Iglesia era el enemigo, y se la combatió por todos los medios y en todos los terrenos.

En el terreno espiritual se negaron sus dogmas, su enseñanza, su doctrina.

La Iglesia mienta, se le dijo al pueblo: el hombre es libre para pensar lo que le dé la gana.

Y el pueblo pensó que si era libre, libremente debía nombrar sus gobernantes, y se estremecieron los cimientos de los pueblos, la guerra se extendió por Europa y sobre las ruinas del antiguo régimen se fundaron los sistemas actuales.

Y el pueblo pensó que si era libre, libremente debía nombrar sus jueces, y se lanzó á la calle, derramó su sangre en las barricadas, peleó por las libertades y salió triunfante una vez más.

Y el pueblo pensó que si era libre, libremente debía comer.

La Iglesia tiene... ¡hala con ella!

Y los bienes de la Iglesia fueron desamortizados, y se quedó sin ellos.

Mas el pueblo no comió; con los bienes eclesiásticos se enriquecieron muchas gentes que se llaman clases conservadoras.

Y los que se batieron en las calles, los que derramaron su sangre, se encontraron sin pan y sin Iglesia; son las clases desheredadas.

Y cuando el pueblo vió que después de tanta lucha estaba como antes ó peor, se convenció de que la Iglesia no se metía en nada, y vió claramente que la ponían por pretexto para enriquecerse con sus despojos.

Mas el pueblo pidió pan, y le dijeron que trabajase; pidió trabajo, y no lo había.

Entonces se agrupó por fracciones y se reconcentró en sí mismo y allí está.

¿Qué espera? Espera... su vez.

Desde la sombra en que aguarda el momento de tomar posesión del bienestar que se le ha prometido, calcula el vigor de sus brazos, se ordena, se cuenta, se prepara, y como si pretendiera reconcentrar la terrible energía de su fuerza, aprieta los puños y rechina los dientes, respirando su corazón el fuego de todas las venganzas.

¡Ay de la sociedad actual el día que su furor se traduzca en hechos!

¡Entonces verá esa canalla que combate á la Iglesia que al pueblo no se le engaña impunemente!

El pueblo hambriento viene á pedir justicia; los bienes quitados á la Iglesia los disfrutaba el pueblo en forma de jornales, si podía trabajar, ó en forma de limosna, si era anciano ó enfermo.

¡Píden su parte en el botín! Los engañaron quitándoles lo suyo, y se impacientan porque no se lo dan.

¡Habrá lucha otra vez, y más terrible que antes!

## Pobres Diablos.

I

Dicen que hubo un tiempo, durante el cual, y no por mucha duración, reinó la paz en el mundo.

Añaden que por entonces poblóse de monasterios piadosos, vivieron en fraternal concierto los reyes, fué grande la resignación en los pobres y muy fecunda é incansable la caridad de los ricos; leales los hombres, castas las mujeres, sencillos los sabios, rectos los jueces. Las predicaciones doctas difundían santas verdades en las conciencias, y, en fin, que á poco que hubiera continuado la virtud en las almas, la tierra se habría convertido en mansión de bienaventurados.

En tales tiempos, dicen que, solícitas las artes, sirvieron de gloriosa revelación á las más grandes ideas, y las bien calculadas provisiones mentales y el inspirado ingenio levantaron admirables templos de hermosa arquitectura, que aún son maravillas para nuestro asombro.

Edad de oro, tiempo venturoso, ciertamente; no quiere esto decir que en ellos no hiciera el diablo de las suyas, que él ni deja enredo ni se está quieto; pero afirman los autores que iban mal los negocios del infierno y que esta antigua casa, fábrica de maldad y de horrores, «venía muy á menos», estaba amenazada casi de una irreparable bancarrota.

Quizás no resulte inverosímil que el mundo, siquiera por breve tiempo, haya sido menos malo... y aún haya podido pasar por bueno, pues en él, á días tempestuosos suceden días bonancibles... pero dícese que el diablo estuvo por entonces más furioso que nunca. ¡Cómo estaría!

No olvidemos que á Lucifer jamás le ha parecido que el mundo es bastante malo.

Estaba furiosísimo; por esto, agarrándose á sus cuernos y azotando reciamente con violentas sacudidas del rabo las caprinas patas... rugió:

—¡Esto no puede continuar así! No entra en el infierno más que un millón de condenados al día... ¡Es una miseria! ¡Una ruindad! A ver... Vengan acá dos ó tres diablillos de los de las últimas filas.

De una de las más flamantes y avivadas hogueras salieron tres inmundos diablitos, y mordidos sus largas uñas se presentaron ante la satánica majestad.

—Veamos; ¿quienes sois vosotros?—preguntó Lucifer.

Ellos, resaltando en la espesa y pestífera humareda, fueron respondiendo con chillidos estridentes:

—Me llamo Tapujo, soy de la pandilla de alcahuetes, duenas é hipócritas, encubridores—dijo uno.

—Soplón, soy soplón, de la trinca de soploes, chismosos y corveidiles. Me meto, me cuelo, me filtro por todas partes.

—Soy Patraña, el más sumiso súbdito y el más activo servidor de vuestra real malignidad. Soy de la aristocrática clase infernal; nací cuando vuestra vileza se hizo serpiente en el Paraíso; hijo soy de la mentira.

—Uspa! ¡Largo! Subid á la tierra—replicó Lucifer repartiendo vergajazos en los diablitos.—Subid, á ver qué hacen esos pecados capitales perdiendo el tiempo, y si se niegan á trabajar, traédmeos acá, que yo les daré su merecido.

—Voy corriendo—dijo Tapujo, y desapareció.

—En un vuelco—añadió Patraña, siguiendo á Tapujo.

—En un soplo—gritó Soplón, marchándose tras sus camaradas.

Pasó algún tiempo. Los diablitos tardaban en volver. Satanás estaba rabiosísimo, pateando, echando espumarajos por la boca y chispas hasta por las puntas de los cuernos y del rabo.

Al fin los diablitos se presentaron en el infierno solos los tres, y al parecer con las manos vacías.

—¿Qué habéis hecho, santos, benignos?—rugió Lucifer, diciéndoles los más terribles insultos que decirse pueden en el infierno.

—Señor, no nos injurias—dijo Tapujo, temblando.

—Hablad...—replicó aquél, con voz como un espantoso trueno.

—Saca eso—dijo Soplón á Tapujo.

Tapujo sacó de debajo del brazo un papel y se lo mostró á Satanás.

—¿Un papelucho? ¿Qué burla es ésta?—replicó Satanás.

—¡Habla, Soplón!—dijo Patraña.

—Esto, es un invento de Patraña. Aquí están todos, todos los ministros del infierno.

—¡Explicáos!—gritó Satanás.

—Yo, señor, sabía que, soplando de oreja en oreja, perdía las almas; Tapujo no ignoraba que ocultando con su mana los delitos de los hombres, éstos pecarían hasta hartarse... Pero Patraña nos dijo que no habíamos subido al mundo á ganar unos cuantos millares de almas, sino á conseguir la mejor victoria que después de la pérdida del género humano en el Paraíso había podido lograr el infierno, y ha inventado una máquina portentosa, que en millones y millones de hojas que de continuo produce, da fruto más pernicioso que el árbol de la ciencia del bien y del mal. No es la mentira nuestra ley? ¿No es la curiosidad humana más exigente que la sed; por la curiosidad no se engulle el hombre hasta los mayores absurdos, que toma por verdades? Chismes, canards, calumnias, disparates, todo se cuela en las anchas tragaderas del curioso. Pues... aquí está servida la mentira; aquí están los siete pecados, sus ministros.

—¿Yo no los veo! dijo Satanás.

Voy á hacer que se presenten ahora ante vuestra real malignidad—replicó Patraña; y tomando el papel lo arrojó á las llamas de una de las hogueras más inmediatas al trono satánico. Ardió el papel y volaron las pavesas hasta gran altura, y luego fueron cayendo, y al dar en el cenagoso suelo se convirtieron sucesivamente una por una en seis figuras.

El primero de éstos exclamó:

—Soy la soberbia, estaba en el papel que se ha quemado. Yo prodigo á diario elogios exagerados, bombos, alabanzas, lisonjas á los poderosos para que se hinchen más y se cieguen; envanezo, adulando, á criminales, á prostitutas, á necios y á locos, á los tiranos opresores y á los esclavos desesperados.

—¡Magnífico!—dijo Satanás.

—Yo—dijo otro de los figurones...—soy en ese papel en veneno sutil... que estimula á la codicia. Doy reseña de los juegos de Bolsa, de la Lotería, de los negocios fáciles, del agio, de la trampa, del garito.

—Por mí—añadió el tercero—se tiene noticia de los espectáculos inmorales y de los libros obscenos. Refiero aventuras infames del repugnante libertinaje. Ensalzo ó disculpo mañosamente «los crímenes pasionales», plago de anuncios asquerosos el papel... narro cuentos, novelas y anécdotas lúbricos... hablo con entusiasmo de las cortesanías famosas y de los teatros pornográficos.

—Portentoso—exclamó el rey del infierno.

Presentó entonces la ira, y dijo: —Tambión yo, como estos, me hallaba en el papel... Yo inspiro los artículos violentos, doy cuenta de los duelos... animo, mantengo y realizo la apología de las guerras, las revoluciones políticas... Soy inagotable manantial de injurias... atizo siempre y en todas partes el fuego de la discordia

—¡Pasmosísimo!—exclamó Satanás verdaderamente entusiasmado.

—Yo, señor, promuevo la afición y ayudo á la costumbre de los banquetes... empleo la malignidad de refinar la gula de los ricos y de irritar el hambre de los pobres dando cuenta detallada de las grandes comilonas...

—¡Oh, esto es sublime!—añadió Satanás reventando de gusto, y preguntó despés á otro figurón, el último de la fila:

—¿Y tú, escaldado y verduoso?

—Soy la crítica.

—¡Basta!—gritó Satanás.—¡El invento es colosal! ¡El periódico! ¡Rotativa noria, rueda de pecados en incansable movimiento... que llena de provechos al infierno... Pero... falta uno de los pecados!... ¡Ah! Este siempre se retarda...

Entonces se oyó una voz pausada, que habló... deteniendo las palabras entre bostezos.

—No tengo necesidad de levantarme. Con sólo que lean los hombres periódicos... ya ponen en pereza su alma... Comulgando con ruedas de molino se toman al diablo mismo; el que lee periódicos, ni piensa ni siente... El periódico le sirve con sus patrañas de entendimiento y con sus maldades... de corazón... Los tales periódicos son un pasatiempo del que los lee y un entretenimiento del que los escribe... Pereza, todo pereza...

Tal es la obra de Tapujo, Patraña y Soplón.

—El mundo es nuestro... ya no se nos escapa...

—Sólo hay un peligro—apuntó Soplón.

—¿Cuál?—preguntó Satanás, frunciendo el entrecejo

—¿Que á los hombres les de... por no leer ni aún los tales papeluchos?—preguntó un diablo.

—No. Que aparezca un rotativo hecho por la verdad, inspirado en la fe, dictado por la prudencia... Esto es, que vuelen en torno del hombre, para sarvarle, las virtudes.

—¡Tal... ¡Tal... ¡Tal...—exclamó la pereza de los pecados sin molestarse aún en aparecer... No haya miedo de que eso suceda... de evitarlo nos encargamos... la envidia y yo... y rueda la bola.

Fueron acogidas las palabras de la pereza con general aclamación de «todos los diablos».

—¡Hurra... por el infierno!—gritaban unos.

—¡Victoria!—exclamaban otros.

Pusieron en danza llenos de rabiosa alegría. Jamás, jamás podrían las virtudes contrarrestar la obra maravillosa de Tapujo, Patraña y Soplón.

—Pronto veréis repleto de condenados el infierno...—dijo Belcebú.

—¡Hum!—replicó Satanás.—¡No cantéis